
EL ENCIERRO COMO INCENTIVO A LA CREATIVIDAD

Por Nadia Caro Molina

Tengo meses observando más que nunca mi contexto. Contando los recursos que tengo –que si es seguro donde vivo, que si tengo un espacio para resguardarme, que si en el espacio que habito puedo realizar las actividades que me han suplantado, como el dar clase desde mi casa, adaptación de infinidad de aspectos–. Es un hecho que ya no me funcionan muchas de las estructuras que había desarrollado en la anterior vida, desde el punto de vista pedagógico, dancístico, familiar, en todas las esferas en las que me desenvuelvo. Antes era ajena a mis vecinos, ahora me entero de sus vidas y ellos de la mía. Lo que antes no, ahora sí. Y hago las diferencias entre el antes y el ahora, pues pareciera que fue un golpe de estado en la historia. De un día a otro cambió radicalmente la vida, pero cuando lo pienso y me voy a mi memoria más instintiva, ya veía venir algo muy fuerte, ya no se podía aparentar estabilidad. Mi instinto más primitivo sabía el desenlace de nuestro tiempo actual, de nuestra realidad, de la catástrofe, como si fuera una ficción, un título de una serie de Netflix.

La nueva realidad. Aún mi cuerpo no se configura, no se adapta, no se asimila.

Algo que ya no hacía tan a menudo es la contemplación, y donde vivo está muy cerca el campo; lo contemplaba, observaba a mis perros cómo fluían. En ellos no había cambiado nada, solo la ventaja de estar más tiempo acompañados con nosotras en casa. O quizá ni eso. Y observaba cómo se adecuaban al espacio, y que el campo era el mismo y que todo se adecuaba entre sí con armonía. Me empezó a penetrar el pensamiento donde se sientan las bases de la improvisación. Cuando nos sumergimos a la práctica de esta se sucede un proceso de la acumulación de los lenguajes y no de la repetición de los mismos. Es un espacio muy personal en donde la parte física que involucra inevitablemente el desarrollo sensible, intelectual, creativo, coloquial y espiritual de quien la practica. Une la capacidad, pensé, de sumergirnos al diálogo interior, al lenguaje interior. Parte de la concepción de Vygotski, mientras que el lenguaje interno, el pensamiento, se encarna en palabras, dice él, estas mueren al formar el pensamiento. El lenguaje interior es en gran medida pensar en significados puros. Empezamos el diálogo con el lenguaje, que es externo y social, pero luego, para pensar, para convertirnos en nosotros

mismos, tenemos que pasar a un monólogo, al lenguaje interior.

El lenguaje interior es esencialmente solitario y es profundamente misterioso, tan desconocido para la ciencia,

según Vygotski, como para la otra cara de la luna. Somos nuestro lenguaje, se dice a menudo, pero nuestro lenguaje real, nuestra identidad real, reside en el lenguaje interior. Es una generación de sentido corriente, incesante, que constituye la mente individual. El niño va elaborando significados y conceptos por medio del lenguaje interior. Por el lenguaje interior alcanza su propia identidad. La improvisación te va llevando a cauces donde desembocan para conectar con los cuerpos que nos rodean, de lo más inmediato a lo más lejano. En esta normalidad sería que nada es normal. En la improvisación es donde me he podido relacionar con distintos cuerpos, distintos en todas sus biología que se construyen a partir de la propia experiencia, del contacto con el otro. Todo cobra sentido. Donde me encuentro, regresando al exterior, en una comunicación significativa para quien dialoga, es como un ir y venir de la comunicación al lenguaje interior. Y viceversa. Estos aprendizajes desarrollan en el estudiante la capacidad creativa de resolver, adecuarse, crear y trabajar distintas áreas, relaciones, espacios, propuestas personales, pero también colectivas, gradualmente y con base en un continuo ejercicio responsable y comprometido trabajo, la improvisación se convierte en composición. Solo que una se efectúa más rápidamente que la otra. Los que improvisan componen mientras bailan y su meta es lograr una danza improvisada con carácter de composición. Es por eso la importancia de la improvisación como necesidad que debe generarse en todo proceso educativo, creativo y de la cotidianidad, con el fin de alcanzar un carácter auténticamente reflexivo, y descubrir la propia realidad, provocando nuevos desafíos hacia la autoconstrucción del mundo en el que tengan participación real, directa sobre las acciones que emprende. En este encierro es un aliciente la imaginación. El cuerpo puede viajar a donde queramos a través de ella. Podemos hacer que nuestro cuerpo se sumerja en una esfera que flota por los aires o que se haga pequeño como un grano de sal. Nuestro cuerpo puede ser nuestro propio encierro o expandir lo expandible hasta la intemporalidad.